

DEL TONEL DE DIOGENES O DEL REPUDIO DEL DESARROLLO

Constantino Láscaris

Hace dieciocho años, analizando el tema de “los perros filósofos” en Platón, concluía expresando mi extrañeza por el nombre de *cínico*, perruno, explicado meramente como tema social. Analicé la característica de los “perros de raza” como mito revelador del filosofar platónico. Hoy me planteo el anti-mito: los perros sin-raza, los **zaguates**.

I

La sentencia heraclítica, “los perros ladran a quienes no conocen”, dice directamente la conducta del perro ante la presencia de lo des-conocido, es decir, dentro de la Psicología Cánida, del ladrido como reacción ante la vista (conocimiento sensible directo) de lo que no se reconoce. Es el conocimiento de la irrupción de lo no-reconocido lo que motiva el ladrido.

Olvidémoslos ahora de los “perros falderos”, los fabricados científicamente por la Genética, y que, bien alimentados, se hominizan en el seno del hogar contemporáneo. Recordemos los perros sin dueño, sin genealogía y sin pitanza, con las costillas bien marcadas al aire, la lengua colgante y los ojos vigilantes. Esos perros ariscos y violentos, acosados por la penuria, con hambre siempre mal calmada. Los perros precisamente que ladraron a Heráclito.

Porque la sentencia heraclítica deja de ser una banal constatación, para elevarse a formulación de la *moira*, cuando recordamos que esos perros se comieron, devoraron vivo a Heráclito.

Enfermo de Hidropesía, tiritando de frío por su enfermedad, Heráclito se introdujo en un montón de estiércol, para, en el calor producido por la fermentación, caldear sus miembros ateridos. Y unos perros habrientos lo devoraron.

Para aquellos perros, Heráclito no fue re-conocido. Fue ladrado y devorado en el ladrido. Eran perros sin raza que no convertían *more platónico*, el ladrido en pregunta y no se constituían en admirados preguntadores de sabiduría. También en la versión platónica, eran los *guardianes* que se volvían contra su propio pueblo y, en lugar de defenderlo de los extraños, ocupaban militarmente, devoraban, su propio país.

La jauría de “los perros de Perséfone”, la misma que devoró a Acteón, devoró a Heráclito.

No planteo un tema teórico. Cuento un hecho histórico: la tragedia existencial del hombre Heráclito, profeta de su propia manera de morir: a mordiscos entre ladridos.

II

Pasaron los años, y unos hombres fueron apodados **cínicos**, perrunos. Fueron apodados así porque sus coetáneos los vieron como perros. No perros falderos, ni perros de raza, ni perros hominizados, ni perros nobles, sino perros ariscos, hambrientos, ladrones permanentes. Llevaban “vida de perros” y se comportaban como perros vagabundos.

Toda la filosofía que ha quedado de los perrunos son ladridos ladrados ante preguntas. Laercio nos dice que escribieron libros, pero nadie se molestó en sacar copias. Eso sí, la memoria de los hombres ha guardado vívido recuerdo de muchas frases de los perrunos. Con ellos el filosofar dejó de ser *Theoría* para convertirse en repudio existencial de todo desarrollo técnico. Lo más llamativo será el repudio de las modas y el lujo; hasta ahí, no habrían tenido importancia los perrunos. Su valor fue vivir el estereotipo de una pretendida naturaleza anti-técnica. Y el prototipo del estereotipo, precisamente porque fue el más radicalmente personal, fue Diógenes de Sínope, el del tonel, el modelo de todos los futuros ascetas negadores del “mundo” de la cultura.

“Preguntado qué raza de perro era la suya, respondió: ‘Cuando hambriento, melitense (perrillo faldero); cuando harto, molésico (fiero). También soy de aquellos perros que muchos alababan, pero por el trabajo no se atreven a salir con ellos de caza; y así, ni conmigo podéis vivir por miedo de los trabajos’”.

Diógenes tenía la presunción de ser de todos los perros, el perro más perro, y llevar, bien concientizado, como hoy es moda decir, vida de perro. No fue simplemente que los demás así lo llamaron, sino que tomó en sus manos la bandera de los perrunos y la predicó.

La predicó como un santo medieval, como un jacobino o un carbonario. Con el nombre de los dioses continuamente en los labios, predicó, de palabra y con el ejemplo, el repudio de la ciencia y de la técnica, de las artes y de la industria, en nombre de la vida natural, alejada de todo lo artificial.

Y con desenfado.

“Estando en una cena, hubo algunos que le echaron los huesos como a perro, y él, acercándoseles, se les meó encima, como hacen los perros”.

Y con grosera altanería.

“A unos mozos que lo rodeaban y le decían: ‘Cuidamos que no nos muerdas’, les respondió: ‘No os preocupéis, muchachos; el perro no come acelgas’”.

Y con todo el cinismo del perruno auténtico, se autodefinía por su conducta:

“Preguntado qué hacía para que que lo llamasen perro, respondió: ‘Halago a los que dan; ladro a los que no dan; y muerdo a los malos’”.

El punto de partida de Diógenes fue la miseria. No definiciones abstractas ni teorías pretenciosas, sino la propia miseria. Y tomó la decisión de ser miseria, de vivir de mendigo. Por eso, fue el perro que festejaba a los que le daban de comer, y ladraba a quienes no le daban (a quienes le decían: trabaja) y mordía, como buen puritano, a todos los que él consideraba malos.

Prescindió de tener casa, que es lo más eficaz cuando no se tiene: el mismo palio le servía para vestido y cobija. Y como un mendigo tiene que caminar para pedir, pero está medio hambriento, usó cayado. Y quedó completo el hábito al llevar siempre encima un zurrón con lo que conseguía la limosna.

“Habiendo visto una vez que un muchacho bebía con las manos, sacó su cuenco del zurrón y lo arrojó diciendo: ‘Un muchacho me gana en simplicidad y economía’. Arrojó también el plato, habiendo visto que otro muchacho, cuyo plato se había quebrado, puso las lentejas que comía en una hogaza de pan”.

Y en las noches de invierno, se metía en un tonel que había en el pórtico del templo de Atenea. El tonel de la basura, ciertamente, pero que, por tolerancia de los atenienses, y

por hábito, ya le quedó respetado en uso permanente como vivienda. Los atenienses fueron ciertamente un pueblo inteligente, culto y amplio como no ha habido otro: cuando un muchacho le quebró el tonel a Diógenes, lo castigaron y le dieron otro al perruno.

¿Y cómo agradeció Diógenes las limosnas atenienses, la tolerancia ateniense?

“Volvía de Lacedemonia a Atenas, y como uno le preguntase de dónde venía y a dónde iba, respondió: ‘Vengo de los hombres y voy a las hembras’”.

Claro es que se refería a las nuevas modas. Los atenienses habían probado, cientos de veces, ser los mejores guerreros de Grecia. Pero, ante el perruno, cometieron el grave delito de la inmoralidad máxima: disfrutar de la vida. Y entonces el perruno se dedicó a injurarles.

“Habiéndole invitado alguien a su magnífica y rica casa y prohibiéndole que escupiese en el suelo, reuniendo un buen salivazo se lo escupió en la cara diciendo que ‘no había hallado lugar más inmundo’”.

Que tengamos noticia, el único hábito de higiene que practicaba el perruno era cortarse las mechas del cabello (única manera práctica de eliminar periódicamente las liendres).

Porque resultó el *machista* por excelencia. Cuando se introdujo la moda de afeitarse la barba, salió a mediodía por las calles de Atenas con el farol encendido, y cuando veía a un afeitado, le arrimaba el farol a la cara y decía: ‘Voy buscando un varón’. Y seguía buscando...

“A un mozo muy adornado que le preguntaba algo, le dijo que no le respondería si primero no se levantaba la ropa y mostraba si era mujer u hombre”.

No me interesa detenerme en este anecdótico, tan rico entre los perrunos, pero sí localizar la raíz existencial de la morbosidad puritana.

“Como los atenienses decretaron que Alejandro era Libero—Padre (Dyonisos), dijo: ‘Hacedme a mí Serapis’”.

Es fácil la comparación con el apodo de “buey mudo” dado a Tomás de Aquino por sus discípulos. Serapis también era buey. Pero el perruno no era simplemente casto.

“Masturbándose una vez en la plaza, decía ¡Ojalá que frotándome el estómago no tuviese hambre! ”.

Es decir, practicaba, para calmar los apetitos sexuales, el método más generalizado entre los antropoides machos. No solía practicar el segundo en importancia: el coito hetero—sexual.

“Habiendo visto una vez unas mujeres ahorcadas de un olivo, dijo: ‘¡Ojalá que todos los árboles trajesen ese fruto! ”.

Ya se ve la opinión que filosóficamente había madurado sobre la mujer. La única opinión que tiene en común con Platón es la de la supresión del matrimonio, la libertad hetero—sexual y que los hijos sean de sus madres. Es decir, exactamente la promiscuidad de la horda primitiva.

Esto no le impedía injuriar a placer:

“Viendo al hijo de una prostituta que tiraba una piedra a la gente, le dijo: ‘Cuida, no des a tu padre’”.

No es de extrañar, pues, que el perruno más perro haya sido el filósofo, según consta en forma documentada, más abofeteado de la historia del pensamiento occidental. Se dedicó así, largos años, hasta los noventa de edad, a ladrar y a morder.

Ladró continuamente a Platón, y el anecdótico es amplio. Ladró continuamente a físicos y astrónomos, es decir, a los pitagóricos. Ladró continuamente a los políticos, aunque lo toleraban. Ladró continuamente a quienes le daban de comer, y a veces les escupía como postre.

Y ladró a Alejandro.

Alejandro fue el hombre que estableció la igualdad entre los helenos y bárbaros, que

levantó la dignidad de la mujer e impuso la humanidad. La visita de Alejandro a Diógenes (cuando pasó por Atenas es lo único que sabemos que deseó conocer) recuerda la de Napoleón a Goethe. Bien dicho es al revés.

La fórmula de presentación fue la siguiente:

“Viniendo a él Alejandro y diciéndole: ‘Yo soy Alejandro, el gran rey’, le respondió: ‘Y yo Diógenes, el perro’”.

Y bien sabido es cómo siguió la conversación. Cuando Alejandro le ofreció su protección, el perruno le contestó: —Apártate, para que no me quites el sol.

III

Tenemos, pues, delimitado el perruno por excelencia: medigo de profesión, predicador de moral, naturista, repudiador de mujeres y homosexuales, enemigo de la industria y del comercio, sobrio, ascético, buscando la libertad en la supresión de necesidades.

Fue, pues, el prototipo deliberado del repudio de toda noción de “desarrollo”. En nombre de una moral naturista, repudió todo lo artificial. La naturaleza es racional, y la razón humana la estropea, en lugar de mejorarla, cuando pretende cambiarla. Y si crece pelo en la barbilla a los machos, es inmoral afeitarnos.

No fue ningún precursor de ninguna revolución ni reforma agraria de ninguna clase.

“Preguntando qué vino le gustaba más, respondió: El ‘ajeno’:

Por que, y aquí saco mi conclusión, el perruno pretendió ser eso: un perro, no un lobo.

Y un perro es un parásito de los hombres.

El perruno es un parásito, que necesita que haya otros que laboren para poder pedirles limosna. Sólo hay mendigos donde hay quienes dan limosna. Diógenes fue un subproducto segregado por la riqueza y la tolerancia atenienses.

Es más. La *moira* se hizo presente una vez más. Y así como los perros denunciados por Heráclito se vengaron devorándolo, así le sucedió al perruno por excelencia. De los atenienses sólo logró que lo abofeteasen después de mantenerlo. Pero los perros se volvieron contra el perruno:

“... queriendo repartir un pulpo a los perros, le mordió uno el tendón del pie, y murió de ello”.

IV

Es fácil ver la valoración de la conclusión que he llegado: Diógenes el del tonel sólo pudo tener tonel porque hubo toneleros, y basura en el templo, y recolectores de basura, y atenienses tolerantes. Freudianamente, el cinismo (y sus secuelas históricas: todos los mendicantes profesionales) es una variante de la nostalgia del claustro materno.

Y sin embargo, el Diógenes del tonel fue un hombre con toda la barba.

Alejandro, el hombre de acción por excelencia, el desarrollista más consumado de la historia de Occidente, lo vio, y lo reconoció cuando dijo que “si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes”.

Y yo lo traduzco así: “Si no fuera Alejandro, querría ser el perro que ladra a Alejandro”.

Porque la tentación de ladrar es grande.